

045. ¿Cómo se llama Dios?

Si lanzásemos como al azar esta pregunta: *¿cómo se llama Dios?...* muchos dirían simplemente: *Pues, eso: Dios. ¿Qué más podemos decir?...* No sabrían responde de otra manera. Sin embargo, Dios en la Biblia se da varios calificativos o apellidos, hablemos así, que determinan cada vez más y mejor lo que es Dios, y no precisamente en Sí mismo, sino respecto de nosotros. ¡Y cómo ayuda a amar a Dios el saber cómo se llama Dios, cómo es Dios y cómo actúa Dios con nosotros!...

Los hebreos, en un principio, a Dios lo llamaban **El**, que significa *dios* en general, y lo mismo valía para el Dios verdadero que para un dios de los paganos que no es Dios.

Después, ya lo llamaban **Elohim**, *dioses*, en plural, que venía a ser: un Dios de dioses, un Dios que está sobre todos los demás, igual que decían *rey de reyes, señor de los señores o cantar de los cantares*.

Cuando tuvieron más conocimientos de su Dios, los hebreos lo llamaron **El Shaddai**, o sea, el omnipotente, el todopoderoso. Era un Dios soberano, que estaba sobre todas las cosas.

Llega Moisés, y Dios da un paso enorme para revelarse a nosotros. En el Sinaí, desde la zarza ardiendo, le dice al caudillo de Israel: Yo soy **YAHVE**: *Yo soy, Yo soy el que soy, Yo soy el fiel, Yo soy el que vengo a cumplir la promesa que hice a vuestros antepasados, Yo soy el que os va a salvar de la esclavitud de Egipto y a daros la tierra prometida...* Todo esto significaba esa palabra misteriosa, y revelaba a un Dios *Señor*, pero que es amoroso, bondadoso, compasivo como un padre.

Pero Israel no le llamó a Dios nunca *Padre* a no ser en sentido figurado. En toda la Biblia del Antiguo Testamento no se le llama *Padre* a Dios más que catorce veces, y esto aplicado lo mismo a una persona determinada que a todo el pueblo.

Faltaba la gran revelación de Jesucristo. Y Jesucristo sí, Jesucristo nos dice que Dios es **Padre**, que es su Padre y que es nuestro Padre también. Un Dios que en Sí mismo es **Amor**, que es Padre verdadero y que actúa con nosotros como eso que es: un Padre que nos ama entrañablemente.

Esto no se le hubiera ocurrido a ningún pagano de aquellos tiempos bíblicos. Los babilonios tenían al dios Marduk, que *habita en lo más inaccesible de la región celeste* sin contacto alguno con los hombres. El mayor filósofo de Grecia, Aristóteles, pensaba y decía: *Dios no tiene amigos*. Y Cicerón, el gran orador romano, aseguraba que *Dios no se ocupa de los hombres*.

Los mismos judíos no se atrevieron a decir jamás que Dios fuera un padre nuestro, aunque ponderaban siempre y justamente la bondad de su Dios.

Ante todo esto, ¿nos damos cuenta de lo felices que somos nosotros cuando sabemos a ciencia cierta, sin temor a equivocarnos, que Dios es nuestro Padre, que nos ama como Padre, que nos cuida como Padre, que nos espera como Padre y que como Padre quiere meternos para siempre en su propia casa del Cielo?...

Al acercarse ya el Tercer Milenio, el Papa mandó que todo el año 1999 lo dedicáramos en la Iglesia, como la mejor preparación de todas, a reflexionar sobre la paternidad de Dios sobre nosotros. Por eso, el libro oficial con esa doctrina sobre Dios se llamó precisamente así: *Dios, Padre Misericordioso*. Y la primera lección está dedicada a esto: al nombre de **Padre** que Dios mismo se dio, tal como nos lo enseñó Nuestro Señor Jesucristo.

A la primera notamos la diferencia que existe dentro de la Biblia entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Antes de venir Jesucristo, solamente se le llamó Padre a Dios esas catorce veces que antes hemos dicho, y nada más que de manera simbólica o figurada. En el Nuevo Testamento se le llama **Padre** ciento ochenta y cuatro veces, y todas ellas en sentido propio.

Jesús llama *Padre* a Dios en sentido único: *¡Mi Padre!*

Mientras que a nosotros nos dice siempre: *Vuestro Padre*, y no dice nunca *Nuestro Padre*.

Y tanto Jesús como nosotros le llamamos *Padre* a Dios con el acento más cariñoso de **¡Papá!**, que esto significaba en arameo la palabra que Jesús usaba y a nosotros nos dictó el apóstol San Pablo: *¡Abbá!*, Papá, papáito...

¿Sabríamos sacar ahora las consecuencias de esta lección tan entrañable? ¿Nos damos cuenta de lo que significa el que Dios sea nuestro *Padre*, porque no solamente nos llamamos, sino que somos de verdad *hijos* de Dios?...

Nosotros entendemos, mucho mejor que los judíos del Antiguo Testamento, esas expresiones de la Biblia a las que damos su sentido verdadero: *Nuestro Dios es un Dios clemente y compasivo... Cantaré eternamente las misericordias de Dios... ¡Porque es bueno, porque es eterna su misericordia!...* Y tantas más, sobre todo en el libro de los Salmos.

Ahora entendemos que Dios es todo cariño. ¿Cómo no lo vamos a amar?

Nos damos cuenta de que Dios es todo bondad. ¿Cómo le vamos a tener miedo?

Vemos que Dios es todo mansedumbre. ¿Cómo no vamos a confiar en El?

Sabemos que Dios es Amor. ¿Cómo vamos a tomar tan a la ligera la culpa, el ofender a Dios nuestro Padre? Si no queremos ofender a Dios, no es precisamente porque le tengamos miedo, sino porque nuestro corazón no consiente el tratar mal a un Padre que nos quiere tanto.

Ya lo vemos. A lo mejor no hubiéramos sabido contestar sobre cómo se llamaba Dios. Sin embargo, con sólo pensar en el *Nombre* de Dios ya encontramos motivo para cambiar toda nuestra vida. Una vida que será feliz al sentirnos tan queridos, ¡nada menos que de Dios!...